

LA ENTREVISTA EN REVLON

Había leído que Ronald Perelman había intentado más de una vez forzar una OPA sobre Gillette, pero el tío Warren siempre le había cerrado el paso, y Perelman, más furioso que nunca, armó ruido con aquello pero siguió haciendo lo de siempre — tocarles los cojones a todos los demás.

Recibí una llamada de la dirección general de Revlon Italia — su director de ventas quería verme en Catania. Se lo conté a mi padre, y dijo: “Por supuesto, tienes que ir. Es una ocasión para saber si el mercado te está validando, y qué proponen y qué ofrecen — pero no cometas el error de decidir llevado por la emoción. Llévatelo a casa, piénsalo bien, y solo entonces da una respuesta”.

Llegué puntual aquel viernes por la mañana, 10:30, Hotel Jolly, Catania. Y al entrar en el vestíbulo — ¿con quién me encuentro? Con mi Area Manager de Gillette, que, al verme, se queda de piedra y dice: “¿Qué coño haces tú aquí — no deberías estar en tu zona?”

“Me he cogido un día libre. Lo verás en el informe mensual que te mandé hace cuatro semanas, con este mismo día marcado”.

“¿Y entonces qué haces aquí?”

“Bueno, solo he venido a ver a alguien. Quiere conocerme — espero que sea una mujer, al menos, para seguir con la broma” — y, sin pretenderlo, mi instinto resultó acertado, porque en la reunión me encontré a un hombre, pero muy femenino, demasiado.

La entrevista duró siete minutos. En el momento en que se levantó para venir a sentarse a mi lado, intuí que las intenciones no eran comerciales — pero yo nunca le había dejado espacio a un enemigo, ni profesional ni personal.

Volví a casa y me llevé a mi padre a tomar un helado, por el kilómetro más bello de Italia — al menos eso dicen de nuestro paseo marítimo de Reggio Calabria. Me preguntó cómo había ido, y le dije que la oferta no merecía ninguna atención, y que después de darles las gracias la había rechazado y me había ido.

Nunca conté los detalles ni los pormenores — eso me lo enseñó mi madre, Gillette. Y ella nunca se equivocaba.

Ferdinando